

*Sorpresa de Érice por Junio. – Descripción de dicha ciudad. – Toma de Hercte por Amílcar. – Tentativas de un general contra otro. – El cartaginés se apodera de Ericina.*

Ante tal accidente volvieron los cartagineses a rehacerse y concebir más sólidas esperanzas. Los romanos, debilitados en cierto modo por las pérdidas anteriores, renunciaron ahora completamente a la marina y sólo se atuvieron a la campaña. Los cartagineses, por el contrario, dueños del mar, no se hallaban del todo desesperanzados de hacer otro tanto con la tierra. Con estos infortunios todos se lamentaban del feliz estado de la república, tanto los de Roma como los que sitiaban a Lilibeo; pero no por eso desistían del cerco que se habían propuesto; por el contrario, aquéllos suministraban víveres por tierra, sin que para esto valiesen excusas, mientras que éstos insistían en el asedio con todas sus fuerzas. Regresando Junio al campo después de su naufragio (año -249), y penetrado de dolor, maquinaba cómo emprendería algún hecho memorable con que reparar el golpe de su pasada desgracia. Efectivamente, a la más leve ocasión que se le presentó, se apoderó con dolo de Érice y se hizo dueño del templo de Venus y de la ciudad. Es Érice un monte inmediato al mar de Sicilia, en la costa que mira a Italia, entre Drépana y Palermo, pero más inaccesible por el lado que confina con Drépana. Es la más alta montaña sin comparación de todas las de Sicilia, a excepción del Etna. En su cumbre, que es llana, está situado el templo de Venus Ericina, el cual sin discusión alguna es el más famoso en riquezas y de más magnificencia de cuantos tiene la isla. Bajo esta cima se asienta la ciudad, a la que se sube de todas partes por un largo y escabroso camino. Junio, puesta guarnición en la cumbre y en el camino de Drépana, guardaba con vigilancia uno y otro puesto, persuadido de que ateniéndose sólo a la defensiva, al aguardo de otra ocasión, retendría seguramente bajo su poder la ciudad y toda la montaña.

Transcurría el año decimotercero de la guerra (año -247), cuando los cartagineses, habiendo elegido por su general a Amílcar, por sobrenombre Barca, le entregaron el mando de la armada. Éste con las tropas navales partió a talar Italia, asoló el país de los locres y de los brucios, marchó de allí con toda la armada hacia los confines de Palermo, y se adueñó de un lugar llamado Hercte, situado junto al mar, entre Érice y Palermo, y tenido sin disputa por el paraje más cómodo para situar un campo con seguridad, aunque dure mucho tiempo. Se trata de una montaña escarpada por todas partes, que se eleva de la región circunvecina a una altura suficiente. Su cumbre no tiene menos de cien estadios de circunferencia, en cuyo espacio se encuentra un terreno muy apto para pastos y semillas, defendido de los vientos del mar y libre absolutamente de todo animal dañino. Está rodeado de eminencias inaccesibles, tanto por el lado del mar como por el que se une con la tierra, entre las cuales el espacio intermedio necesita de pocos reparos para su defensa. En este llano se eleva un promontorio, que al mismo tiempo que representa un alcázar, sirve de cómoda atalaya para registrar lo que pasa en la región cercana. Tiene un profundo puerto, muy conveniente para los que viajan a Italia

desde Drépana y Lilibeo. Para subir sólo hay tres caminos, y éstos muy difíciles, de los cuales dos están por el lado de tierra y uno por el lado del mar. Aquí fue donde acampado con arrojo Amílcar, se presentó en medio de sus enemigos, sin contar con ciudad aliada ni otra alguna esperanza de socorro. Aquí donde sostuvo con los romanos grandes choques y encuentros no despreciables. Aquí de donde haciéndose primero al mar, taló la costa de Italia hasta el país de los cumanos; después, venidos los romanos por tierra a acampar a cinco estadios de su armada frente a Palermo, les dio tantos y tan diversos combates por tierra, por espacio de casi tres años, que no es fácil hacer de ellos una relación circunstanciada.

Tal como acaece con los atletas generosos y robustos cuando pelean en disputa de la corona, que haciéndose sin cesar herida sobre herida, ni los mismos contrincantes ni los espectadores pueden llevar razón y cuenta de cada golpe o llaga, y sólo sí por lo que en general resulta del espíritu y obstinación de cada uno, se forma un juicio arreglado de su pericia, fuerzas y constancia; del mismo modo sucedía con los comandantes de que al presente tratamos. Referir con detalle las causas y modos con que cada día uno a otro se preparaban asechanzas, sorpresas, invasiones y ataques sería inasequible para un historiador y se tacharía de interminable e infructuoso para los oyentes. Más fácil le será a cualquiera venir en conocimiento de estos dos jefes por la relación general que de ellos se haga y el éxito de sus contiendas. En resumen, nada se omitió: ni estratagemas que enseña la historia, ni artificios que sugiere la ocasión y necesidad urgente, ni obstinado y audaz arrojo cuando convenía. Pero jamás pudieron llegar a una acción decisiva, y esto por muchas razones. Las fuerzas de uno y otro eran semejantes; los campos inaccesibles por su fortaleza; el espacio que los separaba, corto en extremo; de que principalmente provenía que los encuentros particulares eran frecuentes cada día, pero general decisivo, ninguno. En estas refriegas perecían siempre los que venían a las manos; pero si una vez llegaban a retroceder, al instante se veían fuera de peligro, y dentro de sus fortificaciones volvían por segunda vez a la carga.

Mas la fortuna, recto juez de esta lucha, trasladó con arrojo a nuestros atletas del lugar sobredicho y anterior certamen, para empeñarlos en otro combate más obstinado y circo más estrecho. No obstante la guarnición con que los romanos custodiaban la cumbre y el pie del monte Erice, como hemos dicho, Amílcar tomó la ciudad de los ericinos, situada entre estos dos campos. De aquí provino que los romanos que se asentaban en la cima, cercados por el enemigo, sufriesen y se expusiesen a grandes riesgos; y los cartagineses, que no tenían oportunidad de recibir convoyes más que por el solo lado y camino del mar que conservaban, tuviesen que resistir increíblemente, cercados por todas partes por los contrarios. Pero después de haber empleado los dos jefes uno contra otro todo lo que el ardid y el valor dan de sí en los asedios, de haber sufrido todo género de miserias y haber probado toda clase de ataques y combates, al fin quedaron indecisos, no como extenuados y agobiados de males, como dice Fabio, sino como hombres insensibles e invencibles a las desgracias. Antes que uno a otro se venciese, para lo que estuvieron por segunda vez peleando dos años continuos en el mismo sitio, sucedió el fin de la guerra por otro medio. En este estado quedaron las cosas que ocurrieron en Érice y las que ejecutaron los ejércitos de tierra. Estas dos repúblicas se pare-

cían a aquellos valientes gallos en quienes es más el ánimo que las fuerzas. Los cuales, muchas veces imposibilitados de herirse con las alas, se baten sin embargo sostenidos del espíritu, hasta que vueltos a enzarzar voluntariamente con facilidad se matan a picotazos, y ocurre el quedar uno postrado a los pies de su contrario. Los trabajos y continuos combates habían ya debilitado y reducido al máximo a los romanos y cartagineses y las frecuentes contribuciones y gastos continuados habían agotado y reducido sus fuerzas.